

# EN PUNTO



FRANK SINATRA Y HORACE MAC MAHON EN "EL DETECTIVE".

## EL DESCENDIENTE DE SPADE Y MARLOWE

### Un detective contra el hampa dorada

Al final de su investigación, el detective Joe Leland escucha la llamada en su coche de la Policía y desconecta el aparato. Unos minutos antes ha presentado la dimisión; nunca más contestará a ninguna llamada de ese tipo; abandona el cuerpo y manifiesta confusamente que luchará «con sus propios medios» contra la corrupción que ha descubierto. En definitiva, su integridad le impide continuar perteneciendo a una organización aparentemente encargada de guardar el orden y que, en realidad, se ocupa de defender los intereses de los poderosos.

Todo ha empezado con un crimen sórdido: un asesinato pasional, al parecer. Un homosexual perteneciente a la buena sociedad aparece muerto, brutalmente mutilado. La Policía necesita encontrar rápidamente un culpable y se fabrica uno que pronto se envía a la silla eléctrica. Joe Leland, encargado de la investigación, es ascendido a teniente por el «éxito» de la misión. Pero el detective no está satisfecho. Le repugnan los métodos de sus compañeros, las violencias y humillaciones a que someten a los sospechosos para arrancarles confesiones. Por uno de esos procedimientos ha conseguido el mismo mandar un hombre a la silla eléctrica... No, Joe Leland no está satisfecho con su trabajo; tampoco lo está con su relación sentimental. Frente a las veleidades de su esposa y los «regresos» de sus colegas, Leland decide actuar solo.

Este detective, magníficamente encarnado por un Sinatra en plena forma, no posee la cansada despreocupación de un Sam Spade —el personaje creado por Dashiell Hammett— ni el espontáneo cinismo de un Philip Marlowe —el sabueso descrito por Raymond Chandler—; pero al igual que esos ilustres antecesores, se encuentra mezclado con una sociedad podrida, con un hampa dorada que utiliza el poder como coartada de sus crímenes. Y como aquellos héroes de la novela negra norteamericana, Joe Leland pone de manifiesto, a través de una concienzuda investigación, los mecanismos tortuosos de la sociedad prepotente.

«El detective», la película de Gordon Douglas que ha llegado a España precedida del considerable impacto que ha causado en el extranjero, se inserta en la tradición del mejor cine americano, la escuela crítica y antimarxista que surgió en los Estados Unidos amparándose en los presupuestos ideológicos del «new deal» rooseveltiano y que promocionó los nombres de Dassin, Rossen, Kazan, Dmytryk; toda una generación perseguida —y au-

lada— por la «caza de brujas» emprendida por el senador Joe McCarthy. Gordon Douglas es un realizador de cincuenta y nueve años, un conspicuo artesano —considerado por algunos críticos como genio desconocido o poco menos—, autor de algunos westerns estimables —«Solo el valiente», «Rio Conchos», de una excelente comedia —«Cuatro gangsters de Chicago»— o de un ingenioso relato de ciencia-ficción —«La humanidad en peligro»—.

«Hampa dorada», el anterior film de Gordon Douglas, describía las andanzas de Tony Rome —éste era el título en la versión original—, un detective que se encontraba a medio camino entre los descritos por Hammett o Chandler. Frank Sinatra prestaba sus rasgos a ese detective que se movía entre el «hampa dorada». «Después de «Tony Rome» —manifiesta Douglas— quería hacer un film más adulto. No tenía la intención deliberada de ligarme a una tradición de films sociales que el maccarthismo interrumpió en gran parte. Pero en la medida que el film trata de un sistema en el que se multiplican los abusos del poder, al servicio de intereses privados, es también un film antimaccarthista».

Premeditado o no, es evidente que el film respira esa generosidad que informaba las obras policíacas del cine negro americano. También la estética de la película alude a aquellos films en blanco y negro, de fotografía dura y despiadada. No importa que «El detective» esté filmada en color y panavisión. Douglas ha sido fiel a unos supuestos estilísticos que se demostraron los más idóneos para denunciar la co-

rrupción de una sociedad. Ahora, cuando los hombres más conscientes de Hollywood parecen volverse sobre su pasado, sobre la época en que América defendía las causas justas, vuelve a demostrarse la validez de un estilo, que no es otro que el de la concisión expresiva y la búsqueda de la verdad, que los prepotentes tratan de ocultar a toda costa, amparados en las organizaciones creadas para protegerles a ellos solos. ■ J. G. D.

## TEATRO

### De Murcia a Nancy

A pocas fechas del Festival Internacional de Nancy —interesante cita mundial del teatro nuevo—, en Murcia, convocado por la Federación Nacional de Teatro Universitario, se ha celebrado el II Congreso Nacional de Teatro Nuevo. El primero se celebró en Valladolid, hace dos o tres años, y de allí salió ratificada —entre polémicas— la voluntad de constituir una Federación Nacional de Teatro Independiente, al modo de la que ya existe de cine-clubs. Este deseo se había expresado ya anteriormente en unas conversaciones teatrales celebradas en Gijón, de manera que Valladolid no hizo sino reexaminar el problema.

El tema era importante, muy importante. Recuerdo que en las páginas de TRIUNFO hice yo más de un comentario al respecto y que José María García Escudero, que trabajaba entonces en la preparación de una Ley del Teatro —desgraciadamente reducida a un proyecto—, acogió con interés la posibilidad de que se organizara dicha Federación, para aglutinar los intereses económicos y culturales del teatro independiente español. Es decir, del teatro que no acepta los generales condicionamientos del teatro mercantil.

También recuerdo muy bien que esa Federación, aun hipotética, no parecía hacer mucha gracia a los grupos más radicalizados. Para unos, era todo un «problema» el que los teatros independientes, en vez de actuar aisladamente, con escasa fuerza, aparecieran unidos en la vida teatral española. Para otros, desde la radicalización antagónica, tal Federación tenía el peligro de mezclar a puros y pecadores, contribuyendo a la confusión.

Falló, como tantas veces falla entre los españoles, el sentido práctico, la claridad sobre los objetivos inmediatos a conquistar. Porque es obvio que, antes de llegar a lo que separa unos grupos de otros, existía un importante trabajo teatral a realizar en común. Se trataba de saltar del viejo concepto de «teatro de cámara» —representa-

ción de obras importantes y difíciles para una minoría— al concepto de teatro independiente, entendido como estructura que quiere trabajar para las mayorías, ofreciendo un teatro de intereses culturales en vez de un producto ligado a las necesidades de los capitales empresariales. Locales, intercambio de grupos, derechos de obras, subvenciones oficiales, censura, ediciones, recíproco conocimiento de las investigaciones, formas nuevas de profesionalización y mil cosas más —todas importantes para la sociedad y el teatro español— podían haberse debatido en el seno de esa Federación y a través del diálogo con el Estado.

Pero esa Federación no se hizo. Ni la comisión encargada de lograrlo salió de Valladolid lo bastante robustecida, ni luego, en el contexto de nuestras disposiciones legales y organismos oficiales, ha llegado a buen puerto. Lo que, en definitiva, ha privado al movimiento de un importantísimo instrumento de trabajo, crecimiento y eficacia teatrales.

¿Qué diferente no hubiera sido, por ejemplo, este II Congreso si en lugar de convocarlo la Federación de Teatro Universitario —que, lógicamente, se hubiera integrado como grupo específico dentro de la Federación Nacional de Teatro Independiente— lo hubiera hecho esa no nacida Federación! ¡Si junto a los ponentes señalados por la F. N. T. U. hubieran estado los más importantes directores y creadores de nuestro siempre incipiente y eternamente prometedor teatro joven e independiente!

Está bien que se haya hecho lo de Murcia. O lo de cualquier parte. Pero, viendo el programa de Nancy, su alto nivel de experimentación, la subvención estatal a compañías jóvenes procedentes de muchos y distantes países y la ausencia española, duele que aquí vayamos tan despacio. ¿Cómo serán esos casi veinte espectáculos colectivos anunciados en el programa de Nancy? ■ J. M.

